

REVISTA

DE LA ENSEÑANZA

DE LOS SORDO-MUDOS Y DE LOS CIEGOS,

PERIÓDICO MENSUAL

PUBLICADO

POR D. JUAN MANUEL BALLESTEROS,

SUB-DIRECTOR Y JEFE DE ENSEÑANZA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS
Y DE LOS CIEGOS,

Y POR D. FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE,

*primer profesor en las clases de Sordo-mudos y único en la de Ciegos en el mismo
establecimiento.*

NUM.^o

8.^o 000

MADRID:

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y CIEGOS.

1851.

SOBRE LAS CUALIDADES ABSTRACTAS.

Las palabras mas difíciles de hacer entender á los sordo-mudos son todas aquellas que no pueden apoyarse en ningun objeto sensible y que se les pueda mostrar.

En un dia de mis lecciones públicas, se me preguntó de qué medio me valia para hacer entender á los sordo-mudos las palabras que por sí mismas, no tienen ningun valor real. —Las hago necesarias. ¿Pero de qué modo se hacen necesarias las cualidades abstractas? He aquí el procedimiento que se emplea.

Referí estas cualidades á su primitivo origen, hice de ellas adjetivos, y despues las separé del nombre que las habia dado valor, y que las habia servido de sustentáculo ú apoyo. Han pasado al entendimiento á favor del nombre del objeto que he podido manifestar; hago entonces nombres de ellas, dándolas los accidentes y las formas. ¡Desgraciado el maestro que descuide estos medios! No conseguirá mas que llenar la cabeza de los discípulos de palabras y signos sin valor, no haria de estos desgraciados mas que unos autómatas que jamás se elevarian á la dignidad de seres pensadores y racionales.

Se nos presenta la palabra *sabiduría* y se nos pide que la expliquen los sordo-mudos.

Esta palabra abstracta tiene el adjetivo *sabio* por su primitivo. Pero este adjetivo ¿qué significa? ¿es una cualidad que puedo enseñar en algun objeto? no, sin duda. Tomemos un adjetivo mas conocido; porque no podemos menos de proceder de lo conocido á lo incógnito y de lo mas conocido á lo menos. Elijo la palabra *largo* que escribo en *baston*, despues de haberle hecho preceder de uno de los tres artículos.

Borro la palabra *baston*, que era el sosten y apoyo del

adjetivo, y no falta mas que darle la forma de un nombre; lo que verifico añadiendo *tud* por terminacion á la palabra *largo*, y tenemos el sustantivo *Longitud*. Doy al artículo la forma femenina y me queda la *Longitud*. Continué el mismo procedimiento con otras formas igualmente sensibles, y sobre los colores. Yo no puedo dudar de la eficacia de estos medios.

De esta operacion, al conocimiento de la palabra *sabiduría* que se nos propuso, no hay mas intermedio que lo que separa lo físico de lo intelectual. Pero hemos aprendido ya que hay una analogia perfecta entre el hombre de sentidos y el del espíritu; que todo lo que pertenece al primero, se halla en el segundo; que el espíritu tiene su ojo interior como el cuerpo tiene el suyo. Si ve el espíritu, por qué no ha de gustar? ¿y si gusta, por qué no ha de discernir? Si el paladar discierne un fruto que es bueno, de otro que no lo es ¿por qué el espíritu no tendrá su paladar tambien? tiene tambien sus ojos y si él ve, debe saber gustar.

Hago traer dos manzanas la una buena y la otra mala; conocemos la accion de *gustar* y su palabra. Despues de algunas aplicaciones de la palabra y de la cosa, doy la idea del bien y del mal moral, diciendô que lo uno es mandado, lo otro prohibido. El bien es la manzana buena; el mal la manzana mala. Transporté al espíritu la facultad del sentido del gusto; y dije inmediatamente: el espíritu, considerando el bien y el mal, los gusta á su manera, por la comparacion que hace de ellos con el precepto y la prohibicion. Hago ver que aquel en quien el sentido del gusto es nulo, como el sentido de la vista lo es en el ciego, ó aunque no esté mas que alterada ó viciada, como sucede en los que tienen malos los ojos, no distinguirá la buena manzana de la mala y diré que aquella *no es gustante*; y añadiré, por analogia, que aquel para quien el bien no se distinga del mal, será *no gustante*. Añadiré que los latinos decian *sapere* cuando nosotros *gus-*

far, *sapiens*, cuando decimos *gustante*; que lo decían por el uno y por el otro gusto, por el del espíritu, y por el sentido del gusto; que nosotros hemos tomado de ellos esta palabra, que á fuerza de sufrir alteraciones en nuestra lengua, ha venido por último á tomar el nombre *sabio*. Sabio quiere decir, pues, lo que significaba *sapiens* entre los latinos, es decir, *gustante*, *discerniente* por el gusto; y discerniente no solo la bondad *física*, sino la bondad *moral*; la conformidad ó la no conformidad de las acciones con la regla, con el mandamiento, con la ley. Comprendida la palabra *sabio*, la de sabiduría va á serlo, empleando los procedimientos que ha hecho comprender la *longitud*, *blancura*, etc.

Después de esta explicación analítica, es cuando podemos preguntar al sordo-mudo la palabra sabiduría y pedirle la definición de ella, y que no se sorprendan de la exactitud de sus respuestas, sobre todo en las cualidades abstractas. ¿Puede haber conocimientos á medias para un ser á quien se le hace hallar así la verdad?

Ved aquí cuál fué la respuesta de Massieu, á la presente pregunta.

P. Qué es lo que se *entiende por* sabiduría?

R. Es una facultad del espíritu que discierne el bien del mal.

Esta idea hubiera quedado imperfecta, sino hubiera continuado este análisis, comparando siempre el sentido del gusto físico con el del gusto moral.

P. Qué hace aquel cuyo gusto es bueno y seguro, cuando se le presentan buenos y malos frutos.

R. Elige los unos y se nutre de ellos; y desecha los otros. Aquel, le dije yo, es sabio en su gusto, tiene la *sabiduría*.

P. El que eligiera los frutos malos, sería *bien gustante*, sería *sabio*?

R. No; sería *mal gustante*, y *sabio* no.

Añadi esta otra pregunta ¿qué hace aquel que tiene que escoger entre el bien y el mal?

R. Escoge el bien, y le hace; deja y rechaza el mal.

P. Qué es aquel que escoge y obra así?

R. El que escoge y obra así es *sabio*.

No fué necesario para advertir á Massieu que su primera respuesta sobre la *sabiduría* era imperfecta, mas que estas preguntas sobre la conducta de aquel que eligiera y comiera las malas manzanas, y sobre la del ser que haria el mal. Conduciéndole al verdadero punto de la cuestion, inmediatamente añadió esta última idea de la sabiduría á la primera. La *sabiduría* no fue, pues, por mas tiempo una facultad puramente especulativa para él: vino á hacer de ella una virtud. Hé aqui su respuesta definitiva.

«La sabiduría es la que nos hace discernir el bien del mal, y por la que hacemos aquel y abandonamos este».

Por este modelo se puede enseñar á los sordo-mudos á conocerlo y definirlo todo; cuidando de reprochar siempre lo que es del dominio de los sentidos; y sobre-todo, multiplicando las preguntas al infinito, para aumentar á medida, la suma de los conocimientos.

Redúzcanse todos los nombres abstractos á los adjetivos, ó á los participios de que se derivan; hacedles ver que la cualidad que manifiestan tiene su analogia en una cualidad física y sensible y todas las dificultades quedarán vencidas.

Sobre los verbos abstractos.

Todos los verbos abstractos pertenecen á una ú otra de las dos facultades principales del alma; al *entendimiento* ó á la *voluntad*.

Todos los verbos son afirmativos ó negativos, segun que son ó no precedidos de una particula negativa. Es esencial que los discípulos queden bien cimentados sobre estas dife-

rentes especies de verbos, para emplear á propósito, el modo indicativo ó subjuntivo en la conjugacion del segundo verbo de la frase. Hé aqui el cuadro de estos verbos, que pueden hallarse juntos los unos bajo la influencia de los otros en una misma frase.

A

Verbos pertenecientes á el *entendimiento*, que piden el modo indicativo en el verbo que los sigue, cualquiera que sea la conjuncion que les una.

B

Verbos pertenecientes á la *voluntad*, que piden el modo subjuntivo en el verbo que les sigue, cuando les une conjuncion.

(A)

Creer—Pensar—Concebir—Comprender—Aprender—Examinar—Comparar—Juzgar—Reflexionar—Meditar—Considerar—Estimar—Afirmar—Asegurar—Certificar—Declarar—Anunciar—Advertir—Concluir—Decir—Adelantar—Sostener—Probar—Demostrar—Deponer—Prometer—Esperar—Exponer.

(B)

Querer—Desear—Apetecer—Suplicar—Pedir—Rogar—Permitir—Sufrir—Determinar—Defender—Impedir—Aprobar—Exigir—Requerir—Pretender—Dudar.

Es menester añadir á esta nomenclatura los verbos acompañados de una negacion como los siguientes:

No creer—No presumir—No esperar.

El segundo verbo en una frase en que el primero es uno de los de la serie A, debe estar siempre en el modo indicativo, en lugar de que debe estarlo en el modo subjuntivo, cuando el primer verbo es uno de los de la serie B.

CURSO DE INSTRUCCION DE UN SORDO-MUDO

DE NACIMIENTO,

POR R. A. SICARD

(Traducido por J. M. B.)

CAPITULO VIII.

Teoría de la interrogacion. Sus formas. Qué es interrogativo.

La forma gramatical de la proposicion era enteramente conocida de Massieu; podia mostrarle todo por medio de la proposicion, pero no podia preguntarme cosa alguna, ni pedirme explicacion. La comunicacion entre nosotros no era, pues, perfecta y era necesario que lo fuese, para que no nos detuviésemos en nuestro curso. Era necesario en fin, para instruir á Massieu, poder saber de él dónde se encontraba, lo que sabia, todas las veces que comenzásemos nuestras conferencias; y que á su vez pudiese preguntarme sobre las ideas que hacia yo nacer en su alma aprovechándome de las que él mismo me manifestaba. Era necesario, pues, descubrirle la teoría de la interrogacion.

Massieu conocia la proposicion *expositiva*. Era necesario partir de ella para conducirle á la *interrogativa*, porque la una debia emanar necesariamente de la otra.

Me preguntaba á mi mismo lo que era la proposicion; cuestion que debia presentarse durante el curso de instruccion que habia ya emprendido, y me respondi á mi mismo: *La proposicion es la manifestacion de un juicio*. No habia ninguna duda: ella es tambien me decia á mi mismo la manifestacion de un juicio: pero si esto es así, ¿hay diferencia entre la proposicion *expositiva* y la *interrogativa*. Me detuve aquí é hice algunas investigaciones para asegurarme si

realmente no había diferencia. Después de haberme asegurado, que lo que había de común de estas dos proposiciones, era la manifestación de un juicio; y que lo que ellas debían tener de específicas y de diferente entre sí, era la naturaleza ó la cualidad de este juicio: me preguntaba ¿qué juicio enuncia la proposición espositiva y qué juicio espone la interrogativa? La respuesta á estas dos cuestiones era establecer la verdadera diferencia entre las dos proposiciones, y por consiguiente la naturaleza de cada una.

El juicio enunciado por la proposición expositiva es una afirmación sobre la conveniencia ó no conveniencia de una cualidad cualquiera y de un sujeto: lo que hace que la proposición sea necesariamente afirmativa ó negativa.

El juicio enunciado por la proposición interrogativa, es á la vez afirmativo y negativo, en lugar que el de la expositiva no es sino lo uno ó lo otro. Hay pues un doble juicio en la una y uno solo en la otra; y esto era lo que faltaba hacer entender á Massieu, y puede ser que algunos de mis lectores que no se hayan tomado el trabajo de reflexionar sobre el mecanismo de la proposición interrogativa, no se disgusten de que yo haga desaparecer la paradoja que se presenta aquí y de que yo pruebe, que toda pregunta encierra, en efecto, dos proposiciones y por consiguiente un doble juicio. Por este doble juicio se verifica el destruir el uno la enunciaci6n del otro, pues que el uno es negativo y el otro afirmativo. Porque, ¿cuál es el estado del que pregunta? Es el de un hombre que desea ser instruido sobre el objeto de una cuesti6n, porque el que desea saber si tal cualidad conviene ó no conviene á tal sujeto, no lo sabe, y no puede menos de conocerse que por cualquier parte que falte este conocimiento, la existencia de la conveniencia ó inconveniencia es igualmente dudosa. El *si* y el *no* tienen las mismas probabilidades. ¿Qué debe hacer, pues, el que quiere saber? Debe manifestar el estado en que se halla, con relaci6n á lo que quiere saber, porque la manifestaci6n de su incertidumbre no se asemeja á la pregunta muda de un pobre, que queriendo ser socorrido se contenta con mostrar su indigencia: así estas palabras *yo no tengo*, en su boca son sinónimas de estas, *dadme*: del mismo modo afirmar y negar al mismo tiempo la conveniencia de un sujeto y de una cualidad, no decir: *yo no sé*? y decir *yo no sé* no es pronunciar *enseñadme*, *decidme*, y estas dos formas no

son una pregunta? La pregunta debe encerrar dos proposiciones. Veamos si esto es así, con la pregunta siguiente:

¿Está el cielo sereno?

Massieu vió dos proposiciones en esta interrogativa.

La primera en solo el sujeto; la segunda, en el verbo, el sujeto y la cualidad.

La respuesta no debía ser otra cosa que la eleccion de estas dos proposiciones, y esta eleccion debe manifestarse, escribiendo la proposicion preferida en la forma expositiva, que lo es la proposicion siguiente, supuesto que fué *sí*.

El está sereno.

Pero quizá, se me preguntará cómo he hecho entender á Massieu el valor del *sí*, y del *no*; porque aun no he dicho nada de ello. Se ha visto como Massieu habia aprendido el valor de la palabra cópula, que es la expresion natural de la afirmacion. *Sí* fué, pues, (hasta que por un análisis particular pudo comprender bien su origen) el sinónimo de todas las terceras personas del verbo *ser*; y *no*, estando destinado á destruir el efecto de la afirmacion, fué entendido, viniendo á ser el sinónimo de un borron sobre la línea signo de la cópula. Así borrar la ligacion formada por el verbo *ser* entre el sujeto y la cualidad, era decir que esta cualidad no pertenecía al sujeto; era pues negar esta pertenencia ó decir no sobre esta conveniencia.

Massieu conocia perfectamente la funcion del verbo *ser* en la proposicion. Veia la afirmacion en todas las partes donde se hallaba este verbo; pero era necesario que se hallase, como la cinta que reúne todo lo que abraza ó como el alfiler que reúne todo lo que atraviesa, entre el sujeto y la cualidad. El verbo que precediese á lo que debería ligar sería el alfiler que no se prenderia mas que á la una de las dos cintas que se quisieran reunir. Massieu comprendió esto bien; hize delante de él todos estos ensayos. Le di una cinta, despues dos objetos, comprendió que era para atarlos, los ató en efecto y me los dió. Escribió en el encerao *es é* hize ver á Massieu que dándole una cinta indicaba por ella la palabra que faltaba escribir. La palabra *cielo* que escribí en:

seguida la comparé á uno de los dos objetos; escribí la de *sereno*, que comparé al segundo objeto, y de todo esto resultó esta frase.

Está el cielo sereno? No me fué difícil manifestar á Massieu que estas tres palabras dispuestas así, no estaban mas unidas, que cuando repentinamente se habia dado la cinta y despues los dos objetos. Le hice seña que él debia hacer respecto de estas tres palabras lo que habia hecho respecto de los dos objetos, y que del mismo modo que habia servido la cinta para atar los dos objetos, debia servirse del verbo para ligar las dos palabras; si él juzgaba esta ligazon conveniente: que todos los verbos que le daban dos palabras que reunir, le presentaban *cópula*: le marcaba por este procedimiento mi ignorancia sobre la conveniencia de dos palabras, y mi deseo de conocerla; que ligándolas ó separándolas correspondia á mi deseo; que mi procedimiento seria la pregunta y el suyo la respuesta.

En este procedimiento habia menos metafísica, fué comprendido pronto. Puede ser tambien que la rapidez del buen resultado del segundo procedimiento fuese debida al resultado del primero. Quizá se puede atribuir tambien á que acababa de hacer de un procedimiento sensible y material uno metafísico y puramente intelectual.

Iba á ponerse por primera vez á la vista de Massieu la palabra, *que*, porque aun no habiamos tenido ocasion de emplearla como *conjuntiva* pues que no conociamos mas que la frase simple en la cual el *que* no ha hecho nada, pues que no liga mas que proposiciones.

Las tres formas de interrogacion en que se halla el *que* son estas. *Qué es el cielo?* *¿Qué es lo que se entiende por cielo?* *¿Quién llama á la puerta?* Esto no es decir que no haya otras formas en que sea fácil reconocer el *que* como parte esencial y al mismo tiempo única de la interrogacion, como sucede en *cuanto*, *como*, *que*. Pero Massieu no tenia aun bastantes datos para recorrerlos todos. Me limité á estos dos: *Qué es el cielo?* *¿Quién llama?*

No hay mas que tres palabras en cada una de estas proposiciones, y estos elementos nos son hace tiempo familiares; *el sujeto*, *el verbo* y *la cualidad*, ó lo que la indica, ó la reemplaza. Formé el procedimiento de la cualidad, tal como está aquí.

C q I u E e L O

Massieu, sabia lo que era *cielo*, pero esta palabra *que*, escrita en los intervalos de las letras del nombre, no la habia visto nunca; era muy natural que la tomase por un adjetivo. Lei en sus ojos su error y el deseo que tenia de conocer este atributo: le hice seña que esta palabra no significaba nada absolutamente, y no representaba nada al espíritu. ¿Por qué la escribís en este nombre, como habeis escrito otras veces *rojo* en *papel*? me hubiera dicho Massieu, si hubiera sabido preguntarme, como lo hacen los que hablan. Yo leia esta pregunta en sus ojos inquietos, sobre todo en su fisonomia; porque teniamos ese language que no exige todas las palabras, ni todas las formas del que yo queria enseñarle.

Yo empleaba esta palabra por lo mismo que nada significaba y por esta misma razon servia solo para recordar la palabra cuyo lugar ocupaba. No significaba nada, pero se ponía para advertir se escribiese la palabra conveniente, como ocupan las hormas en el zapato, para conservar su figura, el lugar de los verdaderos pies. Borré la palabra *que*, y escribí *sereno* en su lugar; no fué necesario mas para la inteligencia de este procedimiento; sin embargo hice de ellas un gran número de aplicaciones: hé aqui como lo practicaba.

Tomé un pedazo de papel amarillo por un lado, no le enseñé mas que el lado blanco, y escribí como lo acababa de hacer para la palabra *Cielo*, la de *papel* y la de *que*, en los intervalos. Hacía signo de que no podía borrar el *que* para sustituir un adjetivo, sino en tanto que volviéndose viese su color; le volví y en efecto, Massieu borró inmediatamente las detras de la palabra *que* y sustituyó las que formaban la palabra *amarillo*, que era el color de la hoja.

No quedaba mas que conocer el *quien*, y el mismo procedimiento lo hizo entender. Como el *que* ingerido en un nombre representaba la cualidad que faltaba y parecia ser la *x* de esta cualidad; y del mismo modo el *quien* no podía ser el substituyente de un adjetivo; no debía serlo sino de un nombre desconocido; tambien tuve cuidado de ingerirlo en una cualidad como habia ingerido el *que* en un nombre. Tomé para este procedimiento cualidades activas.

LL A M A N T E

Yo suponía que nadie había visto llamar á la puerta y que la acción era conocida de mí solo; yo oía llamar; pero los sordo-mudos veían que el que llamaba no era visto de mí ni de ellos; faltaba pues el nombre á la cualidad; hubiéramos dejado sin llenar los intervalos, si alguno de nosotros hubiera deseado conocer que llamaba. Pregunté por signos á todos los discípulos si deseaban conocer al que llamaba; todos manifestaron su deseo. Massieu escribió por todos la palabra *que, si, que*. No hay que sorprenderse, esta palabra había sido bien conocida en los procedimientos anteriores para buscar otra: no era aun tiempo de explicar á Massieu la diferencia de las palabras *que* y *quien*; era suficiente que supiese que la primera interrogaba sobre la cualidad, y la segunda el ser ó la persona. Escribí pues *quien* está llamando é inmediatamente envié á la puerta á un sordo-mudo que viendo al que había llamado, vino á sustituir el nombre de este llamante á la palabra *quien* escrita en la cualidad.

Entonces comenzaron de nuevo los juegos; se pellizcaban unos á otros ó se llamaban de modo que no pudiesen ser vistos, era menester adivinar el nombre de aquel que sin ser percibido, tenía la destreza de hacerlo.

Hé aquí como teníamos tres maneras de preguntarnos, Massieu y yo, sobre las cualidades que convenían á los objetos. *El cielo está sereno? Cómo está el cielo?* y sobre las acciones con relación á los sujetos. *Quién llama?* No teníamos mas que un paso que dar para llegar á la interrogación que podía tener el complemento del verbo ú el objeto de la acción ú el régimen del verbo por objeto; era necesario para esto lo mismo que había hecho para el sujeto, volver al procedimiento de la frase pasiva.

Juan llama. puerta es llamada.

Este procedimiento nos había dado ya el resultado siguiente:

Juan llama puerta

Podíamos, pues, suponer incógnito el sujeto de la proposición pasiva y decir:

Juan llama

es llamado que.

No era necesario un grande esfuerzo para comprender este procedimiento; bastaba referirse al tercer medio de comunicación: hicimos aquí una transposición verdadera diciendo:

Qué llama Juan?

Esta transposición es muy natural y justifica bien lo que he dicho ya, que no hay jamás frase activa que no suponga la elipsis de una frase pasiva y sobre todo cuando la frase activa no carece de su complemento recibiendo, la acción que ella manifiesta es necesariamente paciente con respecto á esta acción, es pues el sujeto de una cualidad que manifiesta este sufrimiento y por consiguiente el sujeto de una proposición pasiva.

Massieu, que nada había olvidado de esta sección, no podía encontrar sorprendente la forma extraordinaria de ella: *qué llama Juan?*

Desde que el objeto llamado le era desconocido, y deseaba conocerle, la primera idea de su espíritu debía tener esta cosa por objeto; y no debía tener cuidado de aquel que llamaba, él la sabía, como la última palabra de su frase; pero desconocía el objeto llamado, y quería conocerlo; su inquietud llegaba á lo sumo; todas las otras ideas nacieron de aquella, por ella es por donde debía comenzar su discurso.

También es la primera palabra de él. *Quién llama?* Como si dijera: *un objeto es llamado. Yo estoy cierto de ello, pues que conozco la acción, y el que la ha hecho; decídmelo el nombre de este objeto, yo sé todo lo restante.*

La proposición interrogativa sigue pues aquí, en su enunciación, la generación misma de las ideas; porque en este orden es en el que se encuentran clasificadas en la cabeza de Massieu; y sería demasiado largo para su impaciencia comenzar por lo que sabía, y concluir por lo que no sabía, y que deseaba saber. Así no se divertía en decir: *Juan llama, él llama que;* pero él dice: *que es llamado; porque yo veo al-*

¿quién que llama, este alguno es Juan. Todo esto está en estas tres palabras: *qué llama Juan?* Porque estas tres palabras encierran dos proposiciones.

Se puede imaginar fácilmente qué preciosas ventajas resultaron para él del conocimiento de esta forma interrogativa. Qué de preguntas no habíamos podido hacer aun y que se presentaban por si mismas. *Qué haces tú? Qué has hecho tú ayer? Qué harás tú mañana?* y mil preguntas semejantes! Qué nuevo medio de conversar con Massieu, de hacerle hallar por lo que el conocia ya, lo que ignoraba aun! Pero se nos presentaron nuevas formas; todas las preposiciones vinieron en tropel á unirse á la palabra interrogativa. Sabíamos ya decir como se ha visto. *Massieu ha puesto este cuchillo en la mesa:* no debia ser mas difícil de decir: *Massieu ha puesto este cuchillo en que,* ó en la forma que nos ha parecido ya tan natural.

En *qué* ó sobre *qué* Massieu ha puesto este cuchillo?

Podremos en adelante emplear así todas las preposiciones y decir:

A *quién* Massieu ha dado este cuchillo?

A *qué* Massieu ha clavado este cuchillo?

Y desde este momento puedo convenir con él en que la palabra *quién* no se dice mas que de personas y la palabra *que* nunca mas que de cosas. Massieu comprendió esto perfectamente y no se engañó.

INSTRUCCION DE CIEGOS.

ARTICULO VIII.

Si la privacion de la vista puede en algunas circunstancias ser ventajosa al hombre, será únicamente para el estudio de las matemáticas. Los ciegos tienen disposiciones naturales para esta ciencia á la que se entregan con un gusto decidido. Muy jóvenes aprenden con facilidad las operaciones mas complicadas de la aritmética, y sin emplear ninguno de los medios de que hacen uso los de vista para la

geometría, tienen una idea exacta y precisa de las figuras, lo que está probado por sus adelantos en el álgebra, la trigonometría, y los demás ramos de las matemáticas. Su inteligencia para este estudio está desarrollada de tal modo, que no solamente se encuentran en estado de seguir perfectamente las demostraciones hechas en el encerado y aprovechar las lecciones públicas dadas por los profesores mas distinguidos, sino que ganan en los liceos los primeros premios con antelación á los de vista.

Resulta, pues, de los principios que hemos establecido, hasta aquí, que no es necesario servirse de ningun medio arbitrario para la instruccion de los ciegos; que este fué el principio que determinó al inventor de la tabla aritmética actual, á renunciar á la de Saunderson, que aunque muy ingeniosa, obliga á dar valores convencionales á las clavijas, segun su grueso y su situacion.

Las letras y las cifras de que nos servimos nosotros en el día, no difieren en nada de las letras y cifras ordinarias, y en esto consiste la perfeccion de nuestro método de enseñanza que hace comunes á los ciegos los medios de instruccion empleados para los que ven.

Estas cifras están montadas ó dispuestas como las letras, por un liston transversal (véase la lámina figura 1.^a): las fracciones se fijan de la misma manera; pero la parte superior del liston está abierta en cuadro (figura 2.^a); para recibir una cifra movable en forma de ángulo por medio del cual el numerador y el denominador sufren las mudanzas necesarias. Los hiles que se pueden colocar horizontal ó verticalmente (figura 3.^a), sirven para indicar las divisiones de los números. Estas cifras estan colocadas en una caja (figura 4.^a) distribuida en once anchos cajetines, al lado de los cuales se hallan otros para los numeradores y los denominadores. Esta caja mas larga que ancha, debe estar colocada sobre un plano inclinado, como la caja de composicion.

En la fundicion que se acaba de hacer, se ha disminuido la mitad del grueso de las antiguas cifras, porque eran muy toscas, pesadas y ocupaban un gran espacio en la lámina. Las cifras de fracciones, que hemos creído poder pasar sin ellas, no se han refundido.

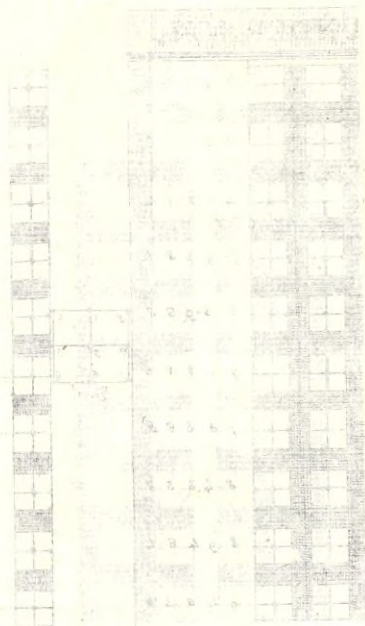
La lámina para el calculo (figura 3.^a) no difiere de la lámina de composicion, sino en que los intervalos transversales están cruzados por hilos de hierro que mantienen las cifras en relacion unas con otras.

La misma lámina se hace geométrica, quando se colocan clavijas en agujeros que se hallan sobre las barretas y se les rodea una hebra de seda, como lo hacia Saunderson.

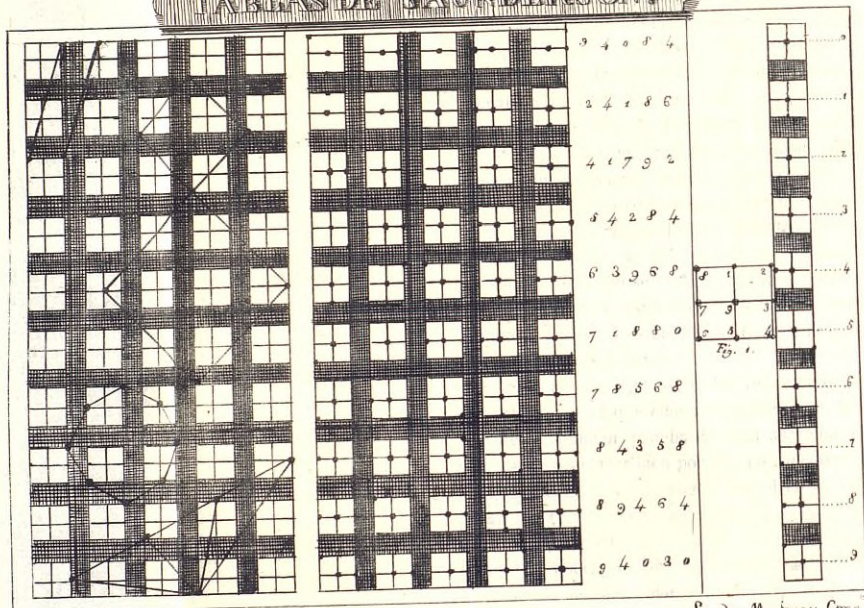
Sin razon se creeria que nosotros sacamos un gran auxilio para la enseñanza de la geometria de las pequeñas figuras de madera de que se sirven á veces los maestros para los de vista. Ya he tenido ocasion de explicar por qué no adoptamos nosotros estos medios que nos serian mas nocivos que ventajosos, pues que materializarian el pensamiento de los ciegos, que deben tener mentalmente la idea de las figuras. Tambien pueden ayudarse con algunos medios de comparacion: dos puntos separados uno de otro, una cuerda tirante, una bola que rueda, les dan la idea de una línea recta; una cuerda floja les figura una curva, etc.; pero no debemos apoyar sobre nociones vagas una teoria que no tendria nada de verdadera. Causa asombro ver seguir á nuestros discípulos cursos de óptica con tanto aprovechamiento como los de vista, y se admira igualmente su sagacidad para explicar las leyes de la dioptrica y de la catoptrica. Como nosotros no queremos gozar de una admiracion de la que no merecemos, debemos decir que lo que hace fácil para ellos la demostracion de todos los fenómenos de la óptica, es que todo lo reducen á líneas. Ellos no perciben mas que puntos palpables en donde nosotros vemos puntos colorados; el mismo Saunderson, el mas inteligente

de los ciegos, siendo todo un profesor de óptica, no ha podido jamás llegar á comprender en qué consistían los colores del prisma, el verdor de las hojas, etc.; no concibió nunca el rayo visual de otro modo que como un cuerpo sólido que tocaba al órgano que él no tenía, para advertirle de la presencia de los objetos, lo mismo que su baston hacia llegar á su mano el conocimiento de un objeto que tocaba con él, con algunas nociones imperfectas de dureza, blandura y de distancia; el rayo refractado no era mas que el baston combado ó roto: el rayo reflejado el baston que rechazaba en su mano al choque de una pared: en una palabra, todas sus nociones de vision se referian al tacto, porque el oido, el olfato y el gusto consultados, no le habian enseñado nada con tanta precision. Los ciegos no tienen, ni pueden tener idea ninguna de los colores.

Si conocen algunos, es tal vez menos el color, propiamente dicho: el que ellos reconocen, que la materia colorante; y la mejor prueba de esta asercion es, que cuando no pueden acertar bien por el tacto, *gustan* el color. Si confunden el azul con el negro, por el tacto, no se equivocan valiéndose del gusto para juzgar de él: el aílil y la agalla no son para ellos una misma cosa, como nos hacia creer nuestra vista, fácil de engañarse con tanta frecuencia. La distincion de los colores análogos, no por el matiz sino por su tinte, el amarillo y el verde, por ejemplo, les parece difícil de establecer, mientras el rosa subido y el encarnado claro, que nos parecen á nosotros casi idénticos, son para ellos, colores mucho mas opuestos que el amarillo y el verde. Varios escritores dignos de fé han asegurado, haber visto ciegos que reconocian por el tacto el color del pelo de ciertos animales. Nosotros estamos no lejos de negar este hecho: pero no comprendemos como puede hacerse esto.



TABLAS DE SAUNDERSON.



L. de Martinez y Carral

CIEGOS CELEBRES.

Saunderson.

Nicolás Saunderson nació en 1682 en la provincia de York; nombrar á este ilustre ciego, es referir su historia como la ha publicado, há cerca de un siglo, la fama de sus talentos extraordinarios. Estudió con aprovechamiento las humanidades, y guiado por su propio gusto las matemáticas; viéndose obligado, por su escasa fortuna, á dar lecciones públicas. Hablaba á sus discípulos como si fuesen ciegos, y obrando de esta manera debia tener sobre ellos gran ventaja. Explicó las obras de Newton sobre la luz y los colores.

Habiendo renunciado Wisthon su cátedra de profesor de matemáticas en la universidad de Cambridge, fué nombrado para sucederle Saunderson en 1711, y en esta época fué cuando dió á luz sus *elementos de álgebra*, obra extraordinaria y llena de demostraciones singulares, que un hombre de vista no hubiera quizá encontrado.

Imaginó una aritmética palpable, y una plancheta con agujeros, en la cual, colocando clavijas ó alfileres de diversos gruesos, que tenían valores diferentes segun el lugar que ocupaban, hacia con facilidad las operaciones mas complicadas. Creo serán recibidas con gusto las figuras de estas tabletas y la descripción que nos ha dado de ellas Mr. William Inclit, el discípulo, amigo y sucesor de Saunderson, en la obra que publicó en Dublin en 1747 (Véase la lámina.)

Su tablita para calcular es delgada y lisa y tiene poco mas de un pie cuadrado; está engastada en un pequeño marco cuyos bordes sobresalen de la plancheta y contienen un gran número de líneas paralelas de igual número, formando ángulos rectos con las primeras. Los bordes de la

plancheta tienen ranuras á la distancia de dos pulgadas una de otra, y á cada ranura pertenecen cinco de las paralelas de que acabamos de hablar y cada pulgada cuadrada está dividida en cien cuadros pequeños.

En cada punto de interseccion está pasada la plancheta por un pequeño agujerito destinado á recibir una clavija, medio de que se vale para espresar sus números. Empleaba dos géneros de clavijas, ó alfileres, de diferentes tamaños, ó al menos sus cabezas eran diferentes, que se distinguían fácilmente por el tacto; y tenia en dos cajas, siempre delante de él, una gran cantidad de estas clavijas con las puntas cortadas. Véamos ahora el uso que hacia de las clavijas y la plancheta.

Para este efecto, observaremos desde luego que cada caracter numérico tiene en la tableta su cuadrado particular, compuesto de otros cuatro cuadrados contiguos, descritos ya arriba, y que dejan por lo mismo un pequeño intervalo entre cada caracter, y este es diferente segun la magnitud ó situacion de una ó de dos clavijas de que siempre está compuesto. Hé aquí el sistema de que se valia Saunderson. Una clavija grande en el centro del cuadro que este es su único lugar, significa un *cero*, por lo que yo le designaré con este nombre; y su principal funcion consiste en conservar el orden y la distancia entre los caracteres y las lineas. Este *cero* está siempre presente, escepto en el solo caso en que se trate de marcar la *unidad*, que está espresada por la sustitucion de una pequeña clavija en lugar de la grande que está en el centro.

Si es menester espresar *dos*, el *cero* debe volverse á su lugar, y la clavija pequeña colocarse precisamente en la parte superior. Para espresar *tres*, debe estar el *cero* en su punto céntrico, y la clavija pequeña colocada en el ángulo superior de la derecha. Para espresar *cuatro*, descende la clavija pequeña y sigue inmediatamente al *cero*, y para es-

presar *cinco*, desciende esta clavija hasta el ángulo inferior de la derecha. Para espresar *seis*, debe estar la clavija dicha bajo del cero, y para espresar *siete*, el lugar que debe ocupar es el ángulo inferior de la izquierda. Para espresar *ocho*, sube al nivel del cero; en fin para espresar *nueve*, ocupa el ángulo superior de la izquierda.

Por esta invencion pueden conocerse sin trabajo los diez caracteres numéricos, por el solo medio del tacto. Pero para que el lector se forme una idea mas distinta de estos caracteres, bastará que dirija su vista sobre la lámina adjunta.

Las clavijas grandes ó ceros, que están siempre en los centros de los pequeños cuadros, y generalmente en iguales distancias una de otra, le servian de guias para guardar su línea, para fijar los límites de cada caracter ó impedir las equivocaciones que pudiera tener. Como son suficientes, ó bastan, tres paralelas perpendiculares para un solo caracter, tampoco hay necesidad mas que de otras tres paralelas horizontales para otra línea, y así de las demas, sin peligro de confundirlas.

De esta manera podia tener á la vez en su plancheta algunas líneas de caracteres una sobre la otra, y dividir por consiguiente con facilidad un número de otro. Por último, fijaba y quitaba en todas partes sus clavijas con una velocidad inconcebible.

Los modelos de esta aritmética, reducidos á números vulgares, consisten en tablas aritméticas que tenia calculadas y guardadas para su propio uso. Pero no podemos adivinar el fin que en ellas se proponia: tienen algunas semejanzas con las tablas de los senos naturales, de las secantes, y de las tangentes, y consisten en cuatro piezas de madera sólida con figura de paralelepípedos rectángulos, de cerca de once pulgadas de longitud sobre cinco y media de latitud, y á veces mas de media pulgada de grueso. Los dos lados opuestos de cada paralelepípedo están divididos en pequeños cuadros,

precisamente como la tableta descrita arriba, pero no tienen agujeros mas que en los parages necesarios, para asegurar en ellos las clavijas. Cada cara contiene nueve tablas pequeñas aritméticas, cada una compuesta de diez números, y cada número de cinco caracteres.

La figura número tres es el modelo de una adición, cuyos números están representados en el lado derecho; la misma plancha se hacia si era menester geométrica, y le servia para demostrar las propiedades de las figuras rectilíneas. Situaba cada clavija ó alfiler en los puntos angulares, rodeándolos con una hebra de seda, y hacia aparentes todas las figuras que queria formar, como se denota en la figura número cuatro.

Por medio de la tabla de que nos servimos en el dia para la instruccion y de las cifras que se han inventado, calculan los ciegos de la misma manera que los hombres de vista, y sin convencion alguna arbitraria.

Saunderson tenia el tacto tan perfeccionado por el continuo hábito, que pasando sus manos por una porcion de monedas distinguia las verdaderas de las falsas. La menor vicisitud de la atmósfera era sensible para él; asi es que asistiendo un dia á las observaciones astronómicas, notó, por la alteracion de los rayos del sol en su cara, cuando pasaba una nube entre el disco de aquel astro y él, circunstancia tanto mas extraordinaria cuanto que no solamente estaba privado de la vista, sino que carecia tambien de los mismos ojos.

Ultimamente, tenia algunas cualidades buenas, pero sus costumbres no correspondian á sus talentos. Se le tacha de algunos estravios vergonzosos que nunca están bien vistos en un hombre de grandes talentos. Murió en Cambridge en 1739 de edad de cincuenta y seis años.



ISIDORO

ó

El sordo-mudo.

En el tiempo en que el duque de Alba llenaba la Bélgica de terror y ensayaba imponer su yugo de hierro á tan hermosas provincias, la heredera de los condes de Steenvorde, el vástago único de una familia ilustre, se prometió por esposa por su tutor el marqués de los Arcos, pariente del gobernador de los Países bajos. La joven Celestina de Steenvorde fué conducida al altar sin haber visto al que se le destinaba, y hasta despues de haber pronunciado el fatal sí, no conoció que su suerte se había unido á un sordo-mudo. Educada desde su tierna infancia en un austero convento del que era Abadesa su tia; acostumbrada á replegar su voluntad á la de las demás y á pasar su vida en un ejercicio continuo de abnegacion y de humildad, Celestina no se sorprendió de semejante union, sin embargo que no dejaba de estrañar, no se la hubiera antes consultado sobre un hecho tan importante. En el primer momento de union no pudo hacerse superior á su timidez y protestar contra este himeneo: despues cuando tuvo esperiencia del mundo y vió cómo se había abusado de su ignorancia y de su juventud, su generosidad natural le impidió recriminar sobre lo pasado; demasiado arrogante para dejar traslucir sus sentimientos, encerró en el fondo de su corazon su dolor y sus quejas.

Isidoro, marqués de los Arcos, sordo-mudo de nacimiento, descendiente de una familia ilustre, poseia ese exterior agradable de que están dotados por lo regular los sordo-mudos. Su estatura regular, pero bien formado; cabellos negros poblaban su cabeza; su frente elevada, su nariz á la romana, sus ojos negros y penetrantes, su mirada viva aunque melancólica, parecian haber servido de modelo á alguna preciosa estatua de la antigüedad. Educado con el mayor esmero por un tío que le había dejado por heredero de su pingüe fortuna, no podia dispensarse de ciertos goces que para él se habían hecho ya una necesidad. Ayudado por la autoridad del Duque de Alba, su padre, había llegado, por

caminos que no estaban exentos de censura, á apoderarse de los bienes y de la persona de Celestina.

En el principio de su union, tanto por la conciencia de sus deberes, como por un pensamiento naturalmente afectuoso, procuró conciliarse el amor de su marido; pero acostumbrado á las seducciones mas vulgares, Isidoro resistió á todos los medios con que con tanta dulzura procuraba su esposa cautivarle. Celestina no era una deidad; pero su talle esbelto y gracioso, sus ojos azules constantemente bajos por el hábito del recogimiento y oracion, el sonido de su voz tan dulce y penetrante, ofrecian un encanto irresistible para el que hubiera juzgado de su alma angelical por el candor de sus facciones y el pudor de su mirada.

Para el tiempo en que vivia, Celestina tenia una instruccion distinguida: sus dedos hacian resonar con mucha gracia las cuerdas de su lira, y cuando en los dias festivos cantaba en su convento las alabanzas del Señor, se decia que la voz de los ángeles venia á mezclarse con la suya, segun la expresion y tono que daba al canto Gregoriano. Pero todos estos atractivos que en otro hombre hubieran asegurado su imperio, no podian cautivar á Isidoro. El alma de esta preciosa joven era buena, pero la suya no era capaz de apreciarla. Tan luego como se verificó el matrimonio, el marqués buscó una mansion que conviniese á su gusto para los placeres.

Escogió para su habitacion un palacio donde reunió todo lo que la riqueza puede procurar para agradar á la vista. Un soberbio carruaje le conducia continuamente á los paseos mas concurridos. Mas de cien bellezas venales venian á disputarse las miradas del rico y pródigo sordo-mudo. Arrastrado por todos los vicios, abandonó á la triste Celestina, que olvidada y despreciada, ocultaba sus tristes y penetrantes pesares, y no encontraba consuelo mas que en la oracion, la lectura y los acordes de su lira, que unia á los sonidos de su voz dulce y admirable. Llegaba el momento en que la fortuna iba á cambiar para el duque de Alba y todos los de su partido. La libertad habia dado ya el grito de alarma, y la insurreccion se dejaba sentir por todas partes. Sus partidarios fueron inquietados, sobre todo en las provincias distantes de la capital. El marqués de los Arcos se habia hecho muchos enemigos por su conducta poco

reservada, y aunque hubiese quedado siempre extraño á la política, se hacia sospechoso como pariente del opresor de los Países Bajos: sus bienes fueron saqueados y debió á la presencia de ánimo y valor de Celestina, escapar del encono de la multitud, embarcándose para España.

De todos sus bienes disipados, le quedaba un feudo y un ruinoso castillo, cerca de la Ciudad de los Arcos, situada en la provincia de Andalucia, no teniendo otro recurso que retirarse á él con su muger, que no le abandonó, y en el que hallaron un asilo contra la miseria y la desgracia. En esta mansion, entre los apacibles labradores, creyó Celestina hallar el reposo y ver renacer la calma despues de tantos dias tan borrascosos; pero Isidoro no habia podido arrancar de su pensamiento las esterioridades magnificas, los muebles suntuosos y el lujo encantador. En vano quiso Celestina volverle á una vida arreglada, en vano le queria inclinar á que siguiese la educacion que habia recibido y queria interesarle en buscar en los libros algun consuelo á sus disgustos; en vano olvidando lo pasado y abriéndole sus brazos, queria ganar su corazon; nada podia dulcificar su humor indómito. Buscaba impresiones fuertes y entre estas la caza vino á ser la ocupacion de su vida, entregándose enteramente á esta nueva diversion. En estos momentos de placer, sus gestos espresivos, sus miradas sombrías y desesperadas dejaban entrever que él se creia el mas desgraciado de los hombres. Se quejaba por eserito de su estado que le alejaba de la sociedad, y el desgraciado no pensaba mas que en los bienes que habia perdido, no veia los que le quedaban.

No lejos del Castillo se estendia una inmensa selva habitada por algunos leñadores, y en ella habia fijado tambien su residencia un santo hermitaño á quien se apellidaba el oráculo del bosque. De todas partes venian á consultarle, y su reputacion de sabiduria y santidad, se estendia mas allá de la provincia. Un dia en que se dejó llevar de la inclinacion á la caza y que se internó en el bosque, percibió la cabaña del hermitaño cuyo renombre ya conocia, resolvió ir á verle, esperando hallar en él algun remedio á sus inquietudes y disgustos. Encontró al anciano sentado en un banco de piedra á la puerta de la hermita y en la actitud de una profunda meditacion: se adelantó hacia él con el designio de llamarle la atencion y el hermitaño, volviéndose al rui-

do, Isidoro quedó sorprendido al observar que el viejo era ciego! El hermitaño le hablaba y no podía entenderle; pero se adelantó hacia él y tomándole la mano se la llevó con prontitud hácia la boca y oreja para hacerle comprender que no le entendía.

El viejo calló y llevó á su vez la mano del marqués á sus ojos y quiso decirle que era imposible entenderse; sorprendido Isidoro vió nacer en su alma una emoción repentina que le decia que el venerable anciano era mas desgraciado. Le estrechó entre sus brazos, como si hubiese encontrado un amigo ausente por mucho tiempo: movido hasta el fondo del corazon por el atractivo de una invencible simpatía, dejó correr por primera vez las lágrimas de sus mejillas. El ciego se apercibió de su emocion, y por una pantomima espresiva le hizo entender sus sentimientos: Isidoro pudo notar que en la benevolencia y en la bondad que ofrecia su rostro no se mezclaba ninguna señal de su tristeza ni de melancolía. Despues de algunos instantes de este encuentro, se volvió á su casa y contó á Celestina esta aventura, la que se ofreció ser su guía para volverle á ver ó interpretar al oráculo del bosque algunas cuestiones que Isidoro desearia dirigir al viejo. Al cabo de algunos dias atravesaron el bosque y Celestina no quedó menos sorprendida que lo habia sido su marido á la vista del hermitaño, no pudiendo dejar de manifestar el grandísimo interés que la inspiraba. El dulce acento de Celestina prevenia en su favor: *existe una relacion íntima y casi infalible entre la manera de expresarse y la de sentir*; el solitario en las diversas modulaciones de esta voz tan sorprendente, notó la desgracia de su situacion, y leyó en el fondo de su corazon sus disgustos y constancia.

Para satisfacer á Isidoro, Celestina despues de haber obtenido la autorizacion del hermitaño, le preguntó si la desgracia de su ceguera le habia conducido á esta soledad. «Yo no soy desgraciado, dijo el ciego, yo no me quejo de los hombres; nada de la humanidad me es extraño, y jamás he dejado de volver mis pasos á aquellos que reclamaban mi asistencia.» ¿Qué motivo os ha conducido aqui? le preguntó Celestina. La pérdida de un amigo que vivia en la ciudad inmediata, respondió el ciego. Hijo de un pobre labrador, fui hermano de leche del hijo de un Gentil-hombre vecino;

Anselmo era su nombre; desde nuestra infancia nos unia una estrecha amistad. A él es á quien debo todo lo que soy, i e debo mis pensamientos y el desarrollo de mi inteligencia. Era el menor de los hermanos y no podia esperar ninguna fortuna. A fin de no separarse nunca de mí, su amistad le inspiró un designio heroico; por el crédito de su familia fué recibido entre los religiosos de un convento del orden del Cister con la condicion de que yo no le dejaria. Allí he pasado yo 50 años con él, sin que jamás su adhesion se entibiase un momento y sin que nuestra amistad recibiese el menor detrimento: todos los tesoros de la antigua sabiduria me los reveló cuidadosamente; y habiendo recibido Anselmo el cargo de Bibliotecario á causa de su vasta erudicion, pasábamos todos los instantes instruyéndonos con los sábios y filósofos antiguos. Le debo todos los dias felices que he tenido en mi vida; es el que á todas horas me ha preservado de tantos peligros, es el que ha velado constantemente sobre mí, como una madre vela sobre su hijo único; todos mis placeres se han desvanecido con él; ¡Anselmo! continúa el viejo, levantando sus ojos al cielo, oh! hermano mio, que tu alma repose en paz!

Mientras duró esta relacion, Celestina, conmovida, no podia ocultar su enternecimiento. Isidoro creyendo que el viejo se quejaba de las desgracias que habia sufrido, se decía: él ha sufrido como yo; pero la piadosa resignacion y la tranquilidad marcadas en la cara del viejo, le ponian en duda. Cuando se informó de Celestina de lo que el solitario le habia dicho, se le conoció descontento hácia él, se marchó disgustado y con ánimo de no volver á la hermita. «Es esto el hombre que quiere pasar por sabio? Si yo no viese, seria peor que un animal de los que pastan en el bosque.» De este modo raciocinaba porque no percibia los objetos mas que por la vista; no podia comprender que el oido, de cuya excelencia no tenia idea, podia suplir á sus ojos. La historia del piadoso hermitaño habia hecho tan grande impresion en el alma sensible de Celestina, que en adelante sus paseos solitarios se dirigian con frecuencia á la mansion del ciego, mientras que Isidoro detestaba aquel parage.

En las conversaciones que Celestina tuvo con el hermitaño, la dijo que el deseo de meditar en reposo sobre la naturaleza y la sabiduria eterna, le habian decidido á escojer

la soledad, obteniendo el permiso de los superiores de la órden para habitar en el bosque, y que los religiosos sus antiguos compañeros tenían cuidado de él.

Hallando en Celestina un espíritu susceptible de comprenderle, el viejo le explicó la doctrina de los sábios y filosofía sublime de los oráculos de la antigüedad. Decía como Platon había hallado el primero las verdaderas bases de la moral, enseñando la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas en otra vida; le enseñó esta súplica de un antiguo poeta griego: «Dadnos lo que nos es bueno, aunque no lo pidamos y rehusadnos lo que es malo, aunque os lo pidamos» y cuando Celestina sorprendida de la elevación de los pensamientos de este viejo, le preguntó cómo privado de la vista había podido remontarse al origen de tantas cosas, sin que los objetos terrestres le llevasen á la contemplación de las cosas divinas.—El libro de la naturaleza, le decía, está formado para vos! qué son para un ciego, las maravillas de la creación! el espectáculo del universo! Ah! no puedo yo como vos gozar del beneficio de mi Creador! Sí; el Ser de los seres se revela á mí en los rayos benéficos del sol, cuyos fuegos vienen á reanimar mis heladas mejillas, y que penetran hasta mi corazón á través de mi pupila muerta; su soplo está en el aliento del céfiro que se goza bajo la sombra, y en la brisa ligera que atempera el calor abrasador del cielo.

La rosa que exhala sus dulces perfumes, el canto de los pájaros que habitan en los sombríos bosques; todo me habla de la eterna sabiduría. Cuando por la tarde me siento delante de mi cabaña, pienso en la grandeza de Dios, me parece oír la armonía de los cuerpos celestes de que nos entretiene Anaxagoras y estos globos de fuego que tantas veces me ha descrito mi amigo Anselmo, pareciendo decir rodando en el espacio: hay un Dios. Si esta es la mano poderosa que extendió los límites de la bóveda celeste, este es el que fecunda la tierra y que prescribe los límites á la mar. Este es el que reviste al tierno corderillo de un espeso vellón, el que inspira el melodioso cántico del ruiseñor; el que hace crecer los lirios del valle; el que ha dado á los humildes la sabiduría, y el pensamiento al pobre ciego.» Otras veces sus entretenimientos giran sobre la inmortalidad del alma. Cómo, decía el solitario, creeríais que de todos los

lugares de los alrededores, los de vista clara vienen á consultar á un pobre ciego sobre sus intereses y sobre el bien de su alma. Sé que hay en el hombre alguna cosa superior á la materia, este es un rayo de la Divinidad que despues de haber recorrido la peregrinacion de la vida, debe remontarse al origen de los seres. Durante estas conversaciones, venian algunas veces recuerdos que hiriendo el corazon de Celestina, renovaban sus dolores. Nunca el hermitaño trató de averiguar su historia, sin duda la adivinaba; asi es que jamás pronunció el nombre de Isidoro; pero cuando hablaban de las verdades sublimes que la naturaleza ha grabado en nuestros corazones, el viejo repetia segun el profeta: »El insensato ha dicho en su corazon no hay Dios. «El insensato, añadia Celestina, y se apercibia involuntariamente de que ninguna idea religiosa hallaba acceso en su esposo. Cuando el hermitaño hablaba de la paz del alma añadia: »El hombre de conciencia tranquila, no temiendo las miradas de los hombres vive en paz consigo mismo.»

El malvado aborrece á los hombres que le desprecian, y sin embargo, no pueden pasarse sin él; la soledad, la inquietud, le hacen huir de sí mismo, y el remordimiento le sigue.» El pensamiento de Celestina se dirigia hácia el desgraciado Isidoro. La dicha ó felicidad habita en nuestro corazon, decia el viejo, la llevamos con nosotros mismos en el mundo y en los bosques; el contento de sí mismo es la única felicidad que el hombre puede procurarse en todas las situaciones de la vida, solo lo que á las puertas de la muerte, no le causa ni disgustos ni remordimientos, y que va todo entero con él.» Tiene razon, se decia á sí misma Celestina, el ciego no tiene nada; pero la sabiduria es un tesoro. Isidoro sin embargo se entregaba mas que nunca á su sombrío humor; la presencia de Celestina parecia fastidiarle y mas de una vez se le vió medir con la vista un precipicio, pareciendo sondear una vasta profundidad.

Celestina temiendo por su vida le acompañaba continuamente y no hallaba consuelo mas que en la compañía del oráculo del bosque; las dulces palabras del santo hermitaño poseian el don de suspender sus males y dulcificar sus dolores, conocia que á su lado su alma se elevaba sobre la humanidad.

«La providencia me ha conducido hácia estos lugares,

le decía, la amistad de un viejo es un presente del cielo.»

Estos cortos momentos de calma eran seguidos de espantosos tormentos. Al volver una tarde hacía el viejo castillo, pensando en los discursos del viejo, y sumergida en profundos y tristes recuerdos, no se apercibía del desórden de la naturaleza con los truenos y relámpagos espantosos remplazando la mas espantosa obscuridad á los últimos crepúsculos del día. Despues de algunos momentos, comenzó un aguacero que inundó todos los alrededores.

Celestina aceleró su marcha: la tempestad era tan horrorosa que parecia que se iba abrasar el cielo y la tierra. Fatigada la pobre Celestina, cae al pie de una vieja encina, estiendo maquinalmente los brazos, queriendo reconocer donde se halla, pero qué horror! qué terror! Toca su mano un objeto lívido y frio: una idea espantosa se apodera de su alma, piensa que en el bosque se ha cometido un asesinato y sin reflexionar en el peligro que corria, dá un fuerte grito: en este instante se ilumina todo con un espantoso relámpago y con su claridad reconoce á Isidoro que á sus pies está nadando en su sangre y cae sobre el cadáver de su esposo. ¿Qué porvenir la espera en este caso? ¿Está condenada á perecer de una manera tan terrible despues de un vida tan agitada? No; el cielo la envía un salvador; este es el oráculo de la floresta!

A poco tiempo de haberse separado Celestina, el viejo oyó el ruido precursor de la tempestad y calculó por el conocimiento que tenia del terreno, que aun no podia estar muy distante ni haber salido la infeliz de los límites del bosque; aumentándose la lluvia, determinó ir al socorro de Celestina, cuando de repente oyó un grito espantoso y en el momento corrió hácia aquel sitio; mas obstáculos insuperables siguieron interrumpiendo su marcha, obligándole á esperar que la tempestad calmase un poco, y dando una fuerte voz para que viniesen todos los leñadores que habitaban en el recinto: se acercan en efecto, y el hermitaño les esplica sus temores; se separan, recorren todos los puntos y muy luego encuentran al desgraciado Isidoro ya sin vida: una arma de fuego tenia á su lado, sus dedos ennegrecidos por la pólvora deponian contra el desgraciado sordo-mudo. Inmediata estaba tambien la desgraciada Celestina, casi tan inanimada como su esposo. El hermitaño cuidó de que inme-

dialamente la transportasen al Castillo de Arcos, mientras que el cadaver de Isidoro se conducia al convento que con-
finaba con el bosque.

Tres dias y tres noches pasó Celestina tendida en una cama, entregada al dolor, vacilando entre la vida y la muerte; el ciego la visitó y contando con las fuerzas de la naturaleza, su juventud y la bondad de su temperamento, tuvo la satisfaccion de verla renacer. Entonces sin detenerse se ocupó de un objeto importante.

Vuelta en sí Celestina, ni habló de Isidoro, ni de la aventura de la floresta, y las personas que la rodeaban no se atrevian á comunicarla sus pensamientos; no era la indiferencia sobre la suerte de su esposo la que le hacia guardar silencio, sino un sueño, una vision que habia tenido durante su enfermedad era lo que ocupaba su entendimiento. Sea que antiguas noticias sobre los suicidios hubiesen hecho nacer estos pensamientos, sea que las conversaciones que se tenian acerca de ella hubiesen hecho una fuerte impresion sobre su entendimiento, vió ó creyó ver, que estaba transportada al cementerio del convento inmediato y alli tendido y sin sepultura la decia Isidoro: *«Pedid por mi alma.»* Tan luego como pudo levantarse, resolvió ir á verificar sus presentimientos. Una tarde despues de haberse recogido todo el mundo, se escapó por una puerta secreta, y su exaltacion prestándole una fuerza nueva, se encaminó con la mayor rapidez hácia el convento.

Una ley afrentosa condenaba á los acusados de haber atentado contra su vida á privarlos de sepultura, é Isidoro hubiera tenido que someterse á esta ley, si el ciego no hubiese implorado la influencia de sus amigos para que en razon á su enfermedad usasen con él de indulgencia; pero para su definitiva resolucion tenia que pasar tiempo y entretanto el cuerpo de Isidoro permanecia en el cementerio del convento. Eran las diez de la noche: todo estaba en silencio; Celestina marcha con viveza, salta los fosos, y no se detiene hasta llegar delante del cadaver de Isidoro. Celestina colocada en el sitio en que se habia visto en sueño, dice: «Oh, tú, que has desconocido mi afecto durante tu vida, no creas que soy indiferente á tu muerte: sobre estas tumbas y en presencia de Dios vivo, juro honrar tu memoria y no abandonarte á los que quieren tu deshonra. No, tu cuerpo

no quedará á la intemperie como el del asesino y el del vil; no será presa, ni de los perros, ni de los buitres; tú no fuiste mas que desgraciado.»

«Recibe mis plegarias desde el seno de la eternidad.» Al concluir estas palabras, siente Celestina una especie de satisfaccion en su corazon, y repentinamente ve aparecer cuatro hombres que colocan el cuerpo de Isidoro en una doble caja de plomo y de madera: quiere oponerse pero un anciano se adelanta hácia ella..... Este es el hermitaño de la floresta que decia: «llevad los restos de vuestro esposo: el conde Luis de Zúñiga da la vela para los Países Bajos en la noche próxima, no perdais un momento, mañana quizá sería ya tarde.» Celestina sigue este consejo, aunque vertiendo muchas lágrimas por tener que dejar á tan buen vicio; algunos meses despues, ya estaba en Bruselas, cuyo gobernador con acuerdo de algunos religiosos tenia preparada una sepultura debida á la amistad del hermitaño del bosque. Por uno de aquellos misterios de la Providencia, Celestina llega á tiempo de visitar á su antiguo tutor que estaba á los bordes de la muerte; rodeada su cama de ávidos colaterales que la esperanza de heredarle tenia tan solícitos, aun llegó á tiempo de que pudiese oír su historia; el nombre de Celestina le hizo volver en sí; al momento envió á buscar un escribano y en presencia de todos los asistentes, hizo un testamento por el cual instituyó por su legataria universal á Celestina de Steenvorde.

Desde este día se vió dueña de una fortuna inmensa con la que hubiera podido vivir en el mundo de una manera conforme á su rango; pero habia aprendido del vicio del bosque que los gozes de este mundo son cortos y engañosos, y queriendo dedicarse únicamente á la oracion y contemplacion, se dirigió á Brujas donde fundó un convento. Mientras se edificaba, recorrió la ciudad en que habia sido tan desgraciada; quiso ver el palacio donde habia vivido, pero no existia ya; un monton de ruinas remplazaba la mansion del lujo y de la opulencia. Se le adquirió de nuevo y en este mismo sitio fundó un monasterio consagrado á Dios con el nombre de religiosas de la orden cisterciense. El cuerpo de Isidoro le hizo colocar en una bóveda en el centro del claustro y sobre una piedra sepulcral hizo grabar una figura que representaba el silencio, teniendo un dedo puesto en la bo-

ca, tanto para designar el estado en que vivió el marqués, como para insinuar que era necesario envolver en el silencio sus desgracias y triste fin. Celestina despues de haber vivido en los santos ejercicios de sus santos deberes, murió á la edad de treinta años en el convento que ella misma habia fundado y que llamó *Valle del cielo*.

CRÓNICA.



La estancia en Londres de nuestro amigo el Sr. D. Ramon de la Sagra, será utilísima, no solo para estudiar la *exposición universal* é informar al gobierno, que es el objeto principal de la comision confiada á dicho señor, sino tambien para los progresos de la enseñanza de los sordo-mudos y de los ciegos que es el objeto de nuestras tareas. Por medio del Sr. de la Sagra, esperamos muy pronto ofrecer á nuestros lectores una noticia detallada de cuanto relativo á mudos y ciegos se presente en la exposicion, como lo mas útil y perfecto, y ya tenemos á la vista algunas muestritas y alfabetos que el Sr. de la Sagra nos ha enviado de los que publica la Sociedad inglesa para la enseñanza de los ciegos. Nos ha prometido visitar los establecimientos y proporcionar cuantas noticias crea puedan convenirnos, y solo nosotros sabemos cuánto esta promesa vale atendida la laboriosidad del Sr. de la Sagra. Esta le ha merecido ya en Londres las mas honoríficas distinciones y ahora recientemente el Principe Alberto le ha concedido una medalla de oro por sus publicaciones acerca de la isla de Cuba.

San Gerónimo nos ha dejado la historia de *Didimo de Alejandria*, su maestro, de quien habla con respeto; y dice que no obstante haber perdido la vista á la edad de cinco años, floreció este ilustre ciego en el siglo cuarto, dejando á Rufino, Palladio é Isidoro, célebres discipulos suyos.

Que adquirió vastos conocimientos haciéndose leer los autores sagrados y profanos; que era uno de los matemáticos mas hábiles de su tiempo y que se dedicó especialmente á la teologia, á la que tenia un gusto particular, y que desempeñó la famosa cátedra de la escuela de Alexandria. Compuso muchas y excelentes obras, entre las cuales merece particular atencion el tratado de *Sancti-Espiritus*, traducido en latin por San Gerónimo.

Por último, Didimo era tan piadoso como sábio, y sin embargo, como se adhirió á los sentimientos de Origenes, cuyas obras comentó, sé le condenó despues de su muerte en el concilio de Letran.

San Atanasio y San Antonio hacian el mayor aprecio de él. Un dia confesó á este último la pena que sentia en ser ciego, y el santo le respondió desde su soledad: «Yo me asombro de que un hombre tan juicioso como vos eche menos una cosa, que es tan comun á los animales mas despreciables como á los hombres, y que no se regocije en poseer una que no se encuentra mas que en los Santos y en los

«ángeles, por la que nosotros vemos al mismo Dios y que nos inflama en el fuego de una ciencia tan luminosa.»

En fin, Didimo murió en el año 398, de edad de 83 años.

Maria Salzard, de edad de trece años, jamás había oído mas que los truenos, cuando me fué presentada por su padre. La oreja externa estaba muy bien conformada, así como las fosas nasales: como hija única, estaba habituada á hacer todos sus gustos, é inmediatamente que se la contrariaba, lanzaba gritos horribles; fué preciso violentarla para practicar la operacion, y aun para hacer simples inyecciones. La membrana del tímpano nada presentó de particular sino es que me pareció blanda y obstruida. El agua que sirvió para las primeras inyecciones volvió turbia y muy cargada de materia blanquizca, de una consistencia de jalea ó de goma muy empapada de agua: despues de la salida de estos cuerpos inorgánicos, la joven oyó muy bien, pero manifestó poca alegría. El agua de las inyecciones jamás pudo llegar hasta la boca; no obstante, por espacio de ocho dias, arrastró al exterior particulillas de aquella substancia blandusca que impedía la audicion.

El 21 de Febrero supe que la enfermita oía siempre lo mismo, pero que no quería aprender á hablar.

Hace poco he vuelto á tener noticias de esta niña, la cual sigue siempre con las mismas disposiciones.

En el mes de Diciembre de 1820, vino á consultarme una muger del pueblo de edad de treinta y ocho á cuarenta y cinco años. Reconoci desde luego que las membranas del tímpano estaban en ella osificadas, circunstancia que las hacia absolutamente insensibles al contacto de la sonda; al percutirlas, dejaban percibir un ruido perceptible para los asistentes, así como para la persona sometida á la experiencia.

Esta muger me dijo que tenía una hermana que oía tambien muy difícilmente, y que otra segunda había muerto sorda y muda á la edad de veinte años. Hice la operacion por simple perforacion, suponiendo que los bordes de la abertura no podrian adherirse, ignoro si mi pronóstico se ha realizado, pues no he podido volver á ver á esta muger, cuyo oído, despues de la operacion, era tan fino que todos los ruidos la causaban dolor de cabeza. Se puede creer que esta viva sensibilidad ha disminuido, y que la audicion ha debido conservarse en buen estado, si la abertura no ha vuelto á cerrarse.

Ha regresado á esta corte y ha vuelto á continuar sus acostumbradas tareas en la clase de ciegos, la alumna Maria Francisca Diaz Carralero, conocida por la *ciega de Manzanares*, cuyo retrato y biografia hemos insertado en este periódico.

Weissembourg, de Manheim, quedó ciego á la edad de siete años; escribía y leía perfectamente con caracteres que inventó el mismo, sin haberlos visto nunca. Era excelente geógrafo y compuso mapas y globos que le servian para su estudio de geografia; inventó tambien una tabla aritmética que difiere en poco de la de Saunderson.

Entre los signos naturales de los indios y salvages de América y los de los sordo-mudos hay una sorprendente analogía. Para probarlo y para que esta obra ofrezca una muestra de todas las clases de signos que se conocen, insertaremos á continuación algunos de los que han sido observados en los indios, segun comunicaciones dirigidas al presidente de la Sociedad Americana de Filadelfia.

Blanco. Con el revés de los dedos de la mano derecha, frotad suavemente la parte de la mano izquierda que corresponde á la articulacion de los huesos del pulgar y del índice.

Huevo. La mano derecha levantada, los dedos y el pulgar estendidos y aproximados los unos á los otros, como para tener allí un huevo.

Piedra. Con la mano derecha cerrada, dad muchas veces pequeños golpes en la izquierda.

Lo mismo. Semejante. Igual. Colocad los dos índices paralelamente el uno con el otro, y llevadlos un poco adelante.

Agua. Dad á la mano la forma de una copa: elevadla hácia la boca, un poco por encima, sin tocarla.

Lluvia. Comenzad por el signo del *agua*, en seguida levantad la mano á la altura de la frente, estended los dedos adelante, y dadles un pequeño movimiento, como para representar la caída del agua.

Nieve. Comenzad por el signo de la *lluvia*, en seguida el del *frio*, y finalizad por el de *blanco*.

Hielo. Comenzad por el signo del *agua*, en seguida el del *frio*, despues el de la *tierra*, y en fin el de la *pie*dra, con el signo de *similitud*.

Granizo. Comenzad por el signo del *agua*, en seguida el del *frio*, despues el de *pie*dra, de *semejante*, despues el signo de *blanco*, y finalizad por el signo de *huevo*. Todos estos signos combinados dan la idea de granizo.

Escarcha. El signo de *agua*, en seguida el de la *noche* ó de la *obscuridad*, despues el de *frio*, despues *blanco*, y en fin de *tierra*.

Nublado. El signo del *agua*; elevad en seguida las dos manos á la altura de la frente, y dándolas una inclinacion, cruzadlas suavemente.

Fuego. Las dos manos medio cerradas colocadas delante del pecho, se tocan ó despues la una de la otra, dadlas un movimiento un poco vivo con los dedos estendidos y las manos un poco separadas al mismo tiempo, como para imitar la llama.

Traed, buscad ó dadme. La mano medio cerrada, el pulgar apoyado sobre el índice, llevándose un poco á derecha ó á izquierda, y dirigiéndose por un ligero sacudimiento, al lado opuesto, como si se pudiese alguna cosa en esta direccion. Por consiguiente, si el signo del *agua* precede á este, quiere decir *dadme agua*.

Tierra. Las dos manos abiertas y estendidas, llevadas horizontalmente al lado la una de la otra, delante de las rodillas: vueltas en seguida al lado opuesto, y elevadas por un movimiento circular, hasta delante de la cara.

Aire. La mano derecha elevada en una situacion perpendicular y llevada por un movimiento de oscilacion y de temblor, hasta delante de la cara.

Grueso. Grande. Ancho. Las dos manos bien abiertas, colocadas lejos de los costados respectivos del cuerpo y llevándose en seguida hácia delante.

Temer. Asustarse. Horrорizar. Espantar. Las dos manos y los dedos vueltos hácia dentro contra las costillas falsas, y en seguida llevadas á lo alto por un movimiento de temblor, como para representar la idea de un corazon que salta hácia la garganta.

El sol. El pulgar y el índice formando un círculo á la altura de la cabeza, frente por frente de la cara.

La luna. El pulgar y el índice abiertos, colocados á la altura y cerca de la oreja derecha. Este último signo es generalmente precedido del de *noche* ú *obscuridad*.

La noche. Las dos manos abiertas y estendidas, cruzándose horizontalmente.

El calor. Las dos manos elevadas á la altura de la cabeza, se inclinan adelante horizontalmente con las estremidades de los dedos un poco encorvadas abajo.

El frío. El mismo signo que para el *aire*; pero cuando se aplica á una persona, la mano derecha se cierra y se retiene cerca de la espalda temblando.

Yo. Los dedos de la mano derecha aplicados contra el pecho. Este último signo, con el precedente colocado despues de él, significará *yo tengo frío*.

Humo. Comenzad por el signo de *fuego*, elevad en seguida la mano con los dedos abiertos, como para representar el humo.

Claro. Las manos se levantan y se apartan de los dos lados de la cabeza.

Arco. La mano izquierda un poco estendida, la derecha la toca, y hace el movimientito de tirar la cuerda del arco.

Trueno. El signo de la lluvia, acompañado del sonido de la voz que imita el ruido del trueno.

La pólcora. El signo de trueno: abrir y separar en seguida las manos, y en fin, llevar la derecha hácia la tierra por medio del agujero que acaba de ser hecho.

Vaca. Los dos índices sobre los lados de la cabeza, y dirigidos hácia fuera, como para representar la posición de los cuernos.

Macho y Hembra. Para distinguir en todos los casos el macho ó la hembra, añadid para el *macho* un capirotazo sobre la mejilla con el índice de la mano derecha, y para la *hembra*, llevad las dos manos abiertas hácia el pecho con los dedos aproximados, y llevadlos en seguida hácia fuera.

Castrado. Los dedos y el pulgar de la mano izquierda reunidos, como si se tuviese alguna cosa; aproximad en seguida la mano derecha, y hecho el movimiento de cortar transversalmente lo que se supone llevado por la mano izquierda, en seguida arrojad con la mano derecha lo que acaba de ser cortado.

Ace casera. Reunidos el pulgar y los dedos de la mano derecha y teniendo esta medianamente elevada, imitad el movimiento de la cabeza del gallo, cuando marcha.

El pavo. Las manos abiertas á la altura y frente de las espaldas, imitando el movimiento de las alas de un pájaro; añadid el signo precedente.

Pato. Anade. El signo precedente, el del *agua*, y en fin de *nadar*, que se hace con el índice de la mano derecha, estendido al frente y llevado de un lado al otro.

Caballo. La mano derecha, el lado exterior abajo, los dedos reunidos, el pulgar acomodado sobre ellos hacia delante.

Animal montés. La mano derecha estendida verticalmente junto á la oreja derecha, y soplar vivamente con la boca.

Hombre. Con el índice estendido de la mano derecha cerrada, describid una línea comenzando en el hueco del estómago, y descendiendo por el medio del cuerpo tan abajo como la mano pueda descender, teniendo la mano un momento en las estremidades inferiores.

Muger. Los dedos y el pulgar de la mano derecha medio abiertos y puestos, como para coger el pecho.

Niño. Los dedos y el pulgar de la mano derecha colocados entre los labios: retiradlos en seguida, y aplicad la mano derecha contra el antebrazo izquierdo, como para tener un niño; Si el niño es varón, haced el signo de *hombre* antes del último signo, si es hembra, que este sea el signo de *muger*.

Mozo. Aproximad á los labios los dedos y el pulgar de la mano derecha, estended en seguida esta mano y haced el signo de *hombre*; elevadla en seguida, y colocadla á la altura de un muchacho crecido.

Moza. Comenzad como arriba, y haced el signo de *muger*, y elevad en seguida la mano á la altura de la muchacha.

Vos. La mano abierta, elevada y dirigiéndose oblicuamente adelante.

El ú otro. Los índices estendidos y las manos cerradas; estos dedos, colocados el uno sobre el otro, ó cerca del otro, y separados en seguida vivamente.

Muchos. Mucho. El plano de la mano derecha tocando sobre el

revés de la izquierda; lo que se repite en proporcion del número mas ó menos grande.

Conocer. El índice de la mano derecha cerca y frente por frente de la nariz, inclinado por una media vuelta á derecha y en seguida vuelto un poco hácia adelante. Colocad uno de los pronombres antes de este signo, esto significa *yo conozco, tú conoces, él conoce*. Haciendo este signo con las dos manos, se manifiesta *conocer mucho*.

Ahora. Al presente. Hoy. Las dos manos en hueco, y al lado la una de la otra, y dirigiéndose temblando de alto á bajo, y de abajo á arriba.

Venid aquí. La mano estendida hácia delante, la palma hácia abajo, y vuelta por un movimiento curvo é inclinado hácia el cuerpo.

Id. El revés de la mano estendido y lanzado al frente hácia arriba.

¿Qué decis? La palma de la mano hácia arriba y levantada circularmente y hácia delante.

No. Nada. No tengo. La mano delante de la cara, la palma hácia delante y agitada de un lado á otro.

¿De dónde venis? Hablad. El signo de *vos*, en seguida la mano estendida, abierta y llevada hácia el pecho, en fin el signo de *qué decis?*

Venid. El índice se mueve de derecha á izquierda con un movimiento interrumpido, como para imitar el movimiento alternativo de marchar.

Mio. La mano cerrada y presentada á la vista.

Casa. La mano medio abierta, despues elevadla, y ejecutada una media vuelta como para hacer entrar alguna cosa.

Hecho. Concluido. Colocad vuestras dos manos con el borde superior é inferior paralelamente; la mano derecha llevada hácia fuera, se baja en seguida como para cortar alguna cosa.

Primavera. El signo de *frio* al cual es necesario añadir el último signo de concluido.

INDISCRETO. TONTO. Se lleva la mano á la frente y despues

se lleva la uña del dedo pulgar á los dientes superiores y se aparta rozándola con ellos, que es como entienden la palabra *nada*.

INDOLENTE. Vease *holgazán, perezoso*.

INDOMITO. Se imita la acción de mandar una cosa y se mueven los hombros en señal de disgusto.

INDUSTRIOSO.-INGENIOSO. Se lleva el índice á la frente; se añade el signo de *hacer V.* y se da un beso á el aire para significar *bien*.

INFANTE.-NIÑO. Se pone la mano á alguna distancia del suelo, y se imita con los brazos y las piernas abiertas sostener un niño con los andadores.

INFERIOR. Se saca el dedo pequeño y se mueve hácia bajo.

INFIERNO. Se señala con el índice el suelo: se vuelve la mano hácia arriba con los dedos bien separados y moviéndose para significar el fuego y se hace un gesto de repugnancia.

INFINITO. Se tienden los dos brazos al espacio, y se hace la seña de *fin*, acompañada de un gesto negativo.

INFÓRMAR. ENTERAR, etc. Se da un golpe en el hombro como para advertir y luego se hace el signo de *hablar*.

INGENUO. Se pone el dedo cerca de la boca, moviéndole al mismo tiempo que la lengua, dando un golpe en el aire con el dedo pulgar é índice unidos que es el signo de cierto.

INGLES. Se aplica el índice á los labios y se baja toda la mano estendida por la manga del vestido, para significar la *casaca encarnada*.

INGRATITUD. La mano izquierda, puesta de revés sobre el sitio del corazón, se despide con aire hácia afuera.

INHUMANO. Se señala el corazón y se da una mano con otra por los nudillos, que es el signo de *piedra ó dureza*.

INJURIA. INSULTO. ULTRAGE. etc. Se vuelven los dos brazos y las manos hácia el pecho y se dan repetidos golpecitos en él con la extremidad de los dedos que han de estar bien abiertos.

INOCENCIA. Despues de hacer el signo de *pícaro V.* acompaña do de un gesto negativo, se dejan caer los brazos con abandono, á los costados del cuerpo.

INQUIETO. REVOLTOSO. Signo de *hombre, muchacho*, etc. y en seguida se mueven las dos manos delante del pecho en repetidas oscilaciones, teniendo los dedos bien abiertos.

INSTRUIR. Vease *Enseñar*.

INSTRUMENTOS. Los instrumentos de música se indican en general, imitando la accion de tocarlos.

INTELIGENCIA. TALENTO. Con el indice se dan golpecitos en la frente, se abren bien los ojos y se hace el signo de *mucho V.*

INTERES. Se marca con la benevolencia en el semblante y la mano apoyada en el corazon. El interes material se indica colocando dos dedos de la derecha en la palma de la izquierda, cerrando esta y trayéndolo todo hácia el pecho.

INTERNO. Se hace la accion de meter un dedo en la boca, ó en el hueco de la otra mano.

INTERROGACION. Las dos manos con las palmas hácia arriba avanzan al frente y se mueven horizontalmente. Expresion análoga en la fisonomía.

INVALIDO. Se hace el signo de *soldado V.* y luego se finge el andar apoyado en unas muletas.

INVENCION. INVENTAR. Se inclina un poco la cabeza sobre el índice de la mano derecha; se levanta de improviso y el dedo sube hácia arriba.

INVIERNO. Se encogen los brazos bien unidos al cuerpo, se sopla en las puntas de los dedos juntos y se imita el tiritar.

IR. Se camina hacia un parage y luego se vuelve ó se hace avanzar hácia él la mano derecha serpenteando.

IRA. Las dos manos bien abiertas y con los dedos crispados, se apoyan en el bajo vientre y suben con viveza arrastrando por él.

IRIS (ARCO.) La mano derecha estendida con los cuatro dedos bien abiertos y el pulgar doblado en la palma. En esta disposicion se traza un arco en el aire por encima de la cabeza.

IRONIA. Con la mano ahuecada se dan golpecitos sobre los labios con las puntas de los dedos, con expresion burlesca en el semblante.

IRRACIONAL. BESTIA. INCAPAZ. Se hace la seña de *borrico V.* y luego se suben las dos manos hácia arriba con mucha exageracion.

IRRECONCILIABLE. La mano derecha pugna por traer á la izquierda á fijarse sobre el corazon, pero ella se resiste hasta lograr desprenderse con aire.

IRREGULAR. Se mueven las manos á uno y otro lado, desaciendo el signo de *igual V.*

IRRESOLUCION. Con los brazos caidos, las palmas de las manos vueltas al frente y el semblante perplejo, se dirige la cabeza á uno y otro lado.

IRREVERENCIA. Despues de haber hecho el signo de la cosa respetable á que se aluda, se encogen los hombros y se sacude la cabeza con indiferencia.

IRRITAR. Se hace repetidas veces y con ademan colérico, el signo ya descrito para la *ira*.

IZQUIERDA. Con dos dedos de la derecha se da un golpe sobre el dorso de la mano izquierda y se dirige esta tambien al mismo lado.



Clase. Es la undécima letra del abecedario y la sexta de las consonantes mudas, cuyo nombre empieza por la misma consonante.

J j *J j*

Forma. Se deriva de la *i* sin mas diferencia que continuar la linea por el caido inferior del renglon, hasta su remate, volviendo luego á la derecha y hácia arriba sin levantar la pluma.

DACTILOLOGIA. Es la misma postura de la *I* sin mas que trazar con ella un arco de círculo de izquierda á derecha.

Pronunciacion. Es la misma que ya se ha indicado en la *G* fuerte ó gutural.

JAMON. Se hace el signo de *cerdo V.* y despues se da una palmada en la parte exterior del muslo.

JAMAS. Se hace la *J.* de la dactilología y en esta posicion se traza rápidamente una cruz en el aire.

JARDIN. Se llevan á la raíz las dos manos en la postura de la *Q.* de la dactilología y luego avanzan al frente moviéndose simétricamente.

JESU-CRISTO. El índice de cada mano pica la palma de la contraria. Setienden los brazos en cruz y se inclina un poco la cabeza.

JOVEN. Se marca con dos dedos el sitio del vigote y se hace la seña de *poco* ó de que comienza á apuntar el bozo.

JUDIO. Se hace la seña de *Jesucristo* V. y despues con airado semblante se ponen los brazos en actitud de arremeter, como imitando la postura de los sayones.

JUEZ. Se lleva al cuello la mano derecha formando semicírculo para indicar la golilla.

JUGAR. Se imita la accion de correr y de cualquier juego que sea conocido del discípulo. Se avanzan las manos estendidas y balanceándose.

JULIO. *Baños*. Estendidas horizontalmente las dos manos delante del pecho, parten hácia delante como para empezar á nadar.

JUNCO. Se hace el signo de vegetal y en seguida se coge un dedo de la mano izquierda y se mimbrea.

JUNIO. *Fruta*. Se indica imitando con los dedos de la mano, la accion, frecuente en los niños, de colgarse las guindas y cerezas de la oreja.

JUNTAR. Se aplican una á otra por las palmas y por dos ó tres veces, las dos manos bien estendidas.

JUNTO. Con la mano derecha estendida y las puntas de los dedos hácia abajo, se trazan repetidos círculos en al aire y luego se dan un par de palmadas.

JUNTOS. UNIDOS, etc. Las dos manos avanzan cerradas, menos el pulgar que ha de quedar derecho, y apoyadas por las falanges medias de los dedos.

JURAR. Se hace la cruz con el índice y pulgar de la derecha y luego se besa en ella.

JUZGAR. Se hace la seña de *juez* V. y luego se balancean las dos manos estendidas como para equilibrar una balanza.



Clase. Tercera de las consonantes semivocales, y duodécima en el orden del abecedario.

L l L l

Forma. Es el duplo de la altura de la *i* sin que, como esta, lleve tilde. = Es de advertir, que todo lo que se dice en este libro de la forma de las letras, se refiere solo á las *minúsculas*, porque sabiendo bien formar estas con las reglas que van esplicadas, es facil entender la formacion de las mayúsculas, algunas de las cuales solo se diferencian en la duplicada estension.



DACTILOLOGIA. *La mano derecha cerrada; el indice solo tendido, recto y con la punta hácia arriba.*

Pronunciacion. Se forma al respirar, despegando la lengua que se halla volteada hasta apoyar la parte baja de su punta en el paladar.

LABORIOSO. Se imita la accion de leer y escribir con placer.

- LABRADOR.** Signo de *hombre V*. Se finge tener el arado en la mano y se anda un poco para seguir su movimiento por el surco.
- LACAYO.** Se tienden los brazos como para sostener las franjas ó correas del coche, moviendo el cuerpo como si se sintiera el estremecimiento de aquel.
- LADRON.** Signo de *hombre*. Se levanta la mano derecha de perfil y con los dedos crispados. Se van bajando uno á uno y cerrándolos formando semicírculo.
- LAGRIMA.** Se moja el dedo índice en la boca y despues se arrastra por la mejilla.
- LANA.** Se cruzan las manos estendidas y se mueven figurando las ijeras grandes del esquilador: despues se hace como que se estira una bedija de lana.
- LANUDO.** Se hace en el aire la accion de separar una bedija de lana.
- LANZA.** El índice y pulgar de la izquierda se pasan de refilon por la punta del índice de la derecha como para afilarle. Despues se levanta el brazo en actitud de sostener la lanza.
- LARGO.** Se estienden los brazos como en actitud de estirar una cuerda.
- LATIGO.** Se levanta el brazo derecho á el aire y se hace la accion de dar un latigazo.
- LAUREL.** Se chupan dos dedos y luego se suben á las sienes, marcando el sitio de una corona.
- LAVAR.** Doblando un poco el cuerpo, se restriegan uno con otro los puños de las dos manos.
- LECCION.** La mano izquierda estendida con la palma frente á la cara. Por la palma de dicha mano se baja arrastrando y hasta la distancia que se quiere, el índice de la derecha.
- LECHE.** Se lleva la mano á la tetilla derecha y se finge la accion de ordeñar.

LEER. Se pone la palma de la mano delante de la cara y dirigiendo la vista á derecha é izquierda, se mueven al mismo tiempo los labios.

LEGAÑOSO. Se hace la accion de limpiarse los ángulos de los ojos.

LEGITIMO. Se hace el signo de *bueno* y de pertenencia, aplicando la mano estendida al pecho.

LEY. Se finge escribir en la palma de la mano izquierda y luego se levanta esta y se presenta al frente, mientras que la derecha hace la señal de mando.

LEJOS. Se tiende el brazo y la mano delante de sí, guiñando un poco los ojos, como para distinguir en el horizonte.

LENTO. PAUSADO. Las dos manos estendidas y con las palmas hácia abajo, avanzan poco á poco, como llevando el compás.

LEVANTARSE. Ladeado el cuerpo se endereza de improviso, bajando las manos por los costados.

LIBRAR.-LIBERTAR. Se traen los dos brazos al costado izquierdo del cuerpo. El brazo derecho pasa á situarse al frente, vuelto de revés y con la palma hácia afuera.

LIBRERO. Signo de libros en todas las formas. Accion de componer é imprimir: figurar un grande almacén de libros, y la accion de alguno que los vende por menor.

LIBRO. Juntas las palmas de las dos manos, se separan por arriba como cuando se abre un libro para leer.

LIENZO. Se coge la camisa y después se imita la accion de medir, acompañando las mas veces una señal de la clase de tela.

LIEBRE. Por el antebrazo izquierdo y en direccion al hombro, se corre la palma de la mano derecha, llevando dos dedos levantados y movibles.

LIGERO. Se imita la accion de tener en la mano una cosa de poco peso.

- LIMPIO.** Se muestra la cara y manos y se sacude la ropa con cuidado.
- LINEA.** Las líneas de diversas clases y sus formas se indican trazándolas sobre la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha.
- LINTERNA.** Se sopla en la punta del dedo índice izquierdo y detras de él se pone ahuecada la mano derecha.
- LIQUIDO.** Se ahueca bien la mano derecha, cerrando el índice y el pulgar y se mueve como para agitar el contenido.
- LISO.** Sobre la palma de la mano izquierda se para de refilon y de improviso la de la derecha.
- LISTA.** En la palma de la mano izquierda se van trazando líneas unas debajo de otras con el índice de la derecha.
- LOBO.** Se pasa la mano por el hocico, como para aguzarle y despues se hace el signo de *ladron* V.
- LOCURA.** Se apoya en la frente el índice de la mano derecha: esta gira sobre él con rapidez en repetidas oscilaciones y luego se desprende con aire hácia arriba.
- LONGITUD.** Se hace con los brazos la accion de estirar una cuerda grande.
- LUCHA.** Los dos manos se chocan viva y repetidamente por los nudillos, sin estar las manos del todo cerradas.
- LUGAREÑO.-RUSTICO.** El dedo índice formando gancho y con la punta hácia afuera, se coloca en la frente para figurar el pico de la montera.
- LUGUBRE.** Se da el golpe en la manga, como para indicar lo *negro*, acompañando espresion de tristeza ó signo de *muerte*.
- LUJO.** Se bajan las dos manos por los costados del cuerpo. Se hace el signo de *nuevo* y se contonea el cuerpo.
- LUJURIA.** Se hace la seña de *muger* V. y se traen los dos brazos al pecho con ansiedad, dando espresion á la fisonomia.
- LUNA.** La mano estendida y de perfil delante de la cara. Con

el borde de la mano se traza una perpendicular, desde el medio de la frente hasta la barba.

LUNES. Es conocido entre los mudos por el día de toros y le indican con la señal de *toro V.* y la de embestir ó lidiarle.

LUSTRE. Accion de frotar ó restregar. La mano derecha estendida y con los dedos bien abiertos, hace repetidas oscilaciones.

LUZ. Se indica la claridad del día. Para la luz artificial, se sopla en la punta del dedo índice.



Clase. Es una consonante semivocal, doble en la figura pero sencilla en el valor.

LL || *LL* //

Forma. Resulta de la letra *l* con la que se enlaza otra de igual altura y valor: este enlace jamás se separa aun cuando ocurra escribir la letra al fin de renglon.

DACTILOLOGIA. Es la misma postura de la *L* con la que se traza con viveza un arco de circulo de izquierda á derecha.

Pronunciacion. Es la misma de la *L* escepto que la respiracion es mas fuerte.

LLAGA. Se lleva el índice á un labio para indicar el color *rojo* y luego se arrastra un poco el mismo dedo índice por la parte del cuerpo en que se supone la llaga.

LLAMAR. Se hace la demostracion natural con la mano derecha.—Para los nombres propios, el dedo índice se dirige á la derecha formando arco, desde la estremidad derecha de la boca.

LLANO. Por el dorso de la mano izquierda se pasa arrastrando la palma de la derecha, tendiendo luego el brazo á toda su estension.

LLAVE. Se voltea la mano derecha cerrada, como para dar vuelta á la llave.

LLENAR. En el hueco de la mano izquierda se introducen juntos los dedos de la derecha apretando hácia abajo.

LLEVAR. Las dos manos estendidas con la palma hácia arriba y unidas por los bordes, hacen un movimiento desde el costado derecho al izquierdo, formando arco por delante del cuerpo.

LLORAR. Se llevan los dos índices encorvados á los ojos y se bajan arrastrando por las mejillas, poniendo el semblante muy compungido.

LLOROSO. Se pasa un dedo por las mejillas, imitando la accion de caer las lágrimas.

LLOVER. Se levantan las manos á el aire y se mueven con viveza con los dedos abiertos y las puntas hácia abajo.

OBJETO DE LA PUBLICACION.

ESTENDER los beneficios de la educacion, esta deuda de humanidad, á todos los sordo-mudos y á todos los ciegos, popularizar la enseñanza y divulgar las instrucciones necesarias para que los maestros y los padres de los sordo-mudos y de los ciegos puedan empezar con fruto la educacion de estos desgraciados, tal es el objeto de la presente publicacion.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Todos los primeros dias de mes, desde Marzo próximo, se publicará un número de tres pliegos de impresion del mismo tamaño, papel y letra del prospecto, con su correspondiente cubierta. Se acompañarán láminas, abecedarios, cuadros sinópticos, mapas emblemáticos y hojas de impresion en relieve cuando el asunto lo exija, y por lo menos una de estas cosas en cada número. Al fin de tomo se dará el indice, portada y cubierta para encuadernarlo.

El precio de suscripcion será el de 24 rs. por seis meses y de 40 por un año.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Librerías de Cuesta, Monier y Bailly-Bailliere.

En PROVINCIAS. En casa de los corresponsales de estos señores y de los del establecimiento tipográfico del Sr. Mellado. Tambien se suscribe por medio de libranzas en carta *franca*, al administrador de la *Revista* en el colegio de Sordo-mudos.